

La lengua, la pluma y la raza

por Santiago AIZARNA

A veces, como la gente es así, no deja de hacerme una pregunta curiosa e impertinente. Muchas veces se me pregunta:

—¿Por qué no escribe usted en euskera?

Y aunque he podido contestar a esta pregunta de mil diversas maneras, siempre opto por salir del paso alegando una total ignorancia del euskera como medio de expresión literaria, lo que en el fondo no deja de ser verdad.

A primera vista pudiera parecer que un hombre como yo, vasco de nacimiento por todos los puntos cardinales y que hace uso del euskera habitualmente en familia, debiera sentir alguna que otra vez la tentación de escribir algo en vasco. Pero esto no tan solo no es así, sino que tampoco me da por hablar sobre el tema, siendo esta, quizás, una de las primeras veces que lo hago. Tampoco, a decir verdad, leo demasiado en mi lengua materna, quizás porque tampoco haya mucho que leer. Si se piensa un poco todo esto se entiende perfectamente.

Analizando un poco fríamente esta circunstancia, he lle-

gado a pensar que mi actitud en este punto es, no solamente normal, sino muy razonable, porque a mi excusatorio alegato de ignorancia puedo añadir también el oficio o la costumbre, la facilidad o dificultad que para mí representa la mayor o menor difusión de lo que uno escribe, y como basamento de todo, como causa eficiente de mi actitud, la educación que, como todos sabemos, se nos ha dirigido necesariamente a través de la lengua castellana, único vehículo hábil para aprender y hacer valer nuestro pensamiento en el lugar geográfico donde pululamos.

Aparte de todo esto, con el euskera siempre me ha pasado una cosa curiosa: que mientras hablo y convivo y charlo, me parece que, efectivamente, sé hablar vasco, pero una vez que me pongo a leer me doy cuenta de que yo, del vasco, sé así como de sánscrito o poco menos. Es este un repetido fenómeno que, a veces, me ha dado que pensar.

Yo, en euskera he leído novelas, cuentos, poesías, artículos y teatro, pero si he de decir la verdad, los he leído siempre como ese escolar que lee el Quijote, si no por obligación sí por deber impuesto a mí mismo, y he salido de estas lecturas sin ganas de volver otra vez. Sé también que esta afirmación mía molestará a más de uno, pero yo creo que a nadie se le quiere más por ocultar sus defectos, y en este terreno opino que el euskera necesita un análisis concienzudo, frío y objetivo, tras el cual, quizás pudiera lograrse que se convirtiera en un lenguaje más ameno y actual, que yo creo que es, en definitiva, lo que le hace falta.

De todas las manifestaciones literarias euskéricas que he podido observar, la más actual, la de más «gancho» para un numeroso sector euskaldun es el bersolari. Si la novela, el teatro o la poesía gozaran en el País Vasco de la aceptación que el bersolari goza, podríamos suponer fácilmente que la literatura euskérica atravesaba por un período de franca euforia. Pero no sucede así. La poesía, el teatro y la novela, sin querer referirme concretamente más que a géneros totalmente aceptados y populares en otras literaturas, casi ni existen en lengua vasca, a pesar de los esfuerzos que en este terreno ha desarrollado últimamente la Academia Vasca, y si existen, calan débilmente en el público, quizás porque al público no le interesan o no los entiende. En cuanto al bersolarismo, manifestación más bien folklórica que literaria, le sucede que le falta altura, por lo que la literatura vasca, a mi modesto entender, casi queda reducida a cero.

Esta no inteligencia del público con los esfuerzos del escritor depende, creo yo, de esas ínfulas de purismo en las que el euskera ha ido recreándose durante muchos años. Y precisamente este purismo en sus manifestaciones literarias, no exclusivo del euskera, ni mucho menos, sino muy común y familiar también en el castellano, es el abortivo más eficaz en relación al interés del público. Creo yo que mientras la literatura euskérica no se desprenda de toda esta faramalla, como se ha despojado casi totalmente la actual literatura francesa, y se advierten los esfuerzos que a ello dirige la literatura castellana, nada podrá hacer, y ni premios ni otros estímulos podrán sacarla del marasmo en que vive. A tal fin, se me ocurren como excelentes dos métodos que podrían ini-



ciar un resurgimiento de la literatura euskérica: autores desprovistos de retórica y las traducciones.

Desde este punto de vista puramente formal, aunque de indudable interés con relación al público, el gran mérito de Baroja, por ejemplo, fue romper violentamente con el pesado retoricismo de la literatura castellana. Autores de indudable renombre como Pereda, Ricardo León o Gabriel Miró, son hoy, casi ilegibles. Y el mal que estos autores han podido hacer en el público lector es incalculable. Si a un público como el español, poco dado a leer, analfabeto real en un porcentaje elevado y analfabeto voluntario en un porcentaje elevadísimo, se le viene con pesadeces retóricas, la consecuencia no es difícil de sospechar. Y esto mismo, con distingos aun más acentuados ha ido sucediendo en la literatura euskérica. Yo creo que hasta que no salgan uno o varios escritores euskéricos revolucionarios al estilo de Baroja, a quienes se les dé una higa por el purismo y otras zarandajas, y quienes se fijen más en el meollo que en la contextura externa, el euskera, como idioma literario, nada tendrá que hacer.

Por otra parte, y para consolidar en cierta manera este hipotético movimiento, el método ideal serían las traducciones. He dicho antes que leo poco en lengua materna, y he añadido que «quizás, porque tampoco haya mucho que leer». Y esto es una verdad incontrastable que se haría dolorosísima si no dispusiéramos para andar por el mundo más que de la lengua vasca, porque en tal idioma nos estarían vedados todos los mejores autores mundiales de la actualidad. Yo creo, en cierta manera, que el defecto capital de la literatura euskérica es este: el de la falta de traducciones y esto, en su parte negativa y positiva.

No es difícil suponer que si dispusiéramos en nuestra lengua de traducciones de la mejor literatura actual, esto influiría en dos sentidos: 1.º—El público lector tendría qué leer y se le abrirían nuevos horizontes de paisaje y pensamiento; y 2.º—La manera de escribir de estos autores influiría indudablemente en la forma de escribir de los autores indígenas que, actualmente, por un cursi pudor muy afín a nuestra naturaleza vasca, siguen aferrados a moldes viejos. No quiere esto decir y me consta que sería mentira, que los autores euskéricos no conocen la literatura actual mundial, sino que, únicamente, no se atreven a escribir de esta manera cuando lo hacen en euskera. Yo creo que si estos autores viesan en su propia lengua a través de las traducciones, que también el euskera es susceptible de escribirse así, el intento se haría realidad.

Paradójico resulta, en cierto aspecto, que el vasco «hombre de pocas palabras» según acepción común, y efectivamente en la realidad, se cubra de palabras y se adorne de retoricismo al contacto de su lengua vernácula. Es este un detalle que siempre me ha llamado la atención. Así como el vasco que escribe en castellano es generalmente conciso, sobrio y sencillo, el vasco que escribe en euskera no lo es tanto. Por eso, cuando Gabriel Celaya en su Rapsodia Euskara dice que:

*Los vascos cuando hablamos es para decir algo
que si no canta, grita.*

*Los vascos solo hablamos cuando algo desde dentro
exige valentía.*

*Los vascos no gustamos de combinar palabras
más o menos bonitas.*

entiendo que se refiere a los escritores vascos que escriben en castellano, pues los que escriben en euskera, las más de las veces, no hacen otra cosa.

Pero llegando a este punto cabría hacer otra pregunta. Si el escritor vasco que escribe en castellano es, generalmente, sobrio y sencillo, ¿por qué es así? y ¿por qué no lo es su hermano euskérico?

La pregunta, en su desnudez, plantea problemas de psicología, de adaptabilidad, inseguridad, etc., etc.

Yo estoy de acuerdo, en efecto, que el vasco es hombre de pocas palabras. Para darse cuenta de esto no hace falta más que girar una mirada a nuestro derredor. La insociabilidad del vasco, su carácter individualista, fácilmente evidente, nace, creo yo, de un substrato de inseguridad. Tampoco me atrevo a hacer en este punto una afirmación categórica, porque habría mucho que hablar de la insociabilidad del vasco. Pero esta inseguridad de que hablaba existe. Como existe también un fondo de orgullo, de amor propio, en bastarse a sí mismo. Un ejemplo puede ser las relaciones entre muchachos y muchachas. Casi siempre, esa distancia que se guardan, ese pudor y miramiento entre ellos se achaca a la timidez. Pero yo creo que la timidez está en todos los hombres, sean o no vascos, porque la timidez para mí no es más que una sensación, mayor o menor, de ridículo, y a nadie nos es difícil vernos ridículos en ocasiones. Lo que pasa es que esa sensación de ridículo tiene otra fuente: el amor propio, el orgullo o la inseguridad.

Pocas veces un hombre es tímido con las mujeres cuando está seguro de sí mismo. Casi siempre lo es cuando está inseguro. Esto es evidente. Así también, el escritor vasco que escribe en castellano, una lengua prestada, tiene motivos, no sé si legítimos o espurios, en sentirse un poco inseguro, mientras que el euskérico, maestro en lo suyo, sin temor a críticas por la poca difusión de lo que escribe, navega por mar calmo y apacible. Esto podría explicar en cierta manera la distinta trayectoria seguida por una misma manera de ser en campos distintos.

También hay otro factor, muy de tener en cuenta: el aldeanismo. El vasco es esencialmente aldeano, y el aldeanismo es causa infalible de inseguridad. De ahí que volviendo al ejemplo erótico, nuestro mozo campesino abandone la partida —que las más de las veces la tenía ganada— de la conquista de una moza ante la seguridad, el aplomo, y ¿por qué no también, la osadía, y la mala educación? —sinónimo de falta de sensibilidad— del castellano o andaluz, más parlero y gracioso. Así también el escritor vasco ante el castellano peca casi siempre de aldeanismo, y se recluye exclusivamente en la parquedad y en la sencillez, alcanzando así, por causas indirectas, la mayor virtud, pues la sencillez y la concisión, aliadas de la claridad, componen, al menos para mí, las mayores virtudes que pueden adornar a un escritor. Únicamente hace falta que para «echar a andar», para mostrarse en esta vertiente, se dé uno cuenta de su aldeanismo y no trate de disfrazarlo. Esto equivale a una superación de timidez que equivale a una auténtica osadía.

Pero esto no sucede en el escritor euskérico, puesto que en su propia lengua, en su medio y en su ambiente no tiene por qué sentirse constreñido por complejos de esta índole, y hace lo que cabalmente hacen todos los profundos conocedores de un idioma: jugar con las palabras.

Se ha hablado y discutido mucho en este terreno del «genio de la raza». Yo creo, indudablemente, que cada raza tiene su «genio», su «carácter», pero siempre en minúscula. El «Genio», en mayúscula, como símbolo de una superioridad racial, sea en el terreno que sea, me es antipático. Yo entiendo y estoy de acuerdo en que el ario y el latino y el vasco tengan sus virtudes específicas, lo mismo que lo pueden tener el mogol, el piel roja o el bosquímano. Pero también sus defectos. Y esto es para mí lo maravilloso de la humanidad. No creo por lo tanto en la aristocracia de la raza, sea cualquiera que sea. Porque muy frecuentemente me he dado cuenta, que una virtud está a dos pasos del defecto, y este mismo defecto, por imprevistas circunstancias, puede convertirse en virtud.

Y en cuanto a la pregunta primera, motivo de este brevísimo ensayo de caracterología, de «¿por qué usted no escribe en euskera?», sigo saliendo del paso alegando mi ignorancia total. Cosa que, repito, en el fondo no deja de ser verdad.